

Capítulo LVI.

Lo que sucede á los que crían cuervos.

No podia sorprender á Colon el descontento de la gente.

Conocedor profundo del corazón humano, se explicaba perfectamente los móviles que habian influido en aquellos hombres para decidirse á acompañarle en tan arriesgada empresa.

Pero esos móviles no eran la mejor garantía de una conducta honrada.

El egoismo, bajo sus múltiples formas, les habia arrastrado.

El indulto de las penas que se habian impuesto á algunos; los empleos que inmediatamente se habian conferido á otros; la codicia, en fin, que les hacia ver horizontes de plata y oro para satisfacer y saciar sus

pasiones, eran los grandes estímulos de semejantes expedicionarios.

La historia de los contrastes humanos no podria reunir y asociar á hombres de tan distintas ideas y sentimientos, y apartarlos de la sociedad en que vivian para alejarse de su país y colonizar playas remotas.

Colon con su grandeza.

Sus compañeros con su ruindad.

Y sin embargo, unos y otros debian prestarse recíproco auxilio.

Unos y otros se necesitaban.

Pero cuando los servicios son egoistas, no es posible la abnegacion y la paciencia.

Y esa abnegacion y esa paciencia faltaban á aquellos foragidos que tuvieron la honra de acompañar á Colon en su brillante expedicion.

Si la voz del sentimiento hubiese hablado en aquellos corazones, no hubiera podido ménos de conmoverles.

La figura de Colon en tan críticos instantes inspiraba compasion por sus padecimientos, admiracion por su ciencia, respeto por su heroismo y amor por el afecto y el interés que demostraban por sus compañeros.

Y lejos de producir esos afectos tan naturales, sólo producía el encono, la envidia y las pasiones más viles y repugnantes.

Por esos afectos podia conocerse á los hombres que le acompañaban.

Así es que no debe extrañarnos su elevada conducta.

De quien no conoce la honradez ni es capaz de comprender la caridad, sólo puede esperarse el crimen y la deslealtad.

Pero si todos aquellos hombres hubieran sido gente ruda é ignorante, podría temerse la maldad; pero no su refinamiento.

Y el refinamiento de la maldad estaba reservado para las personas que habían recibido más de cerca y muy señaladamente los favores de Colón.

El tesorero real, llamado Morales, se había relacionado con Colón desde el instante en que vió la protección decidida que le dispensaba la reina Isabel.

Y esa amistad, que procuró estrechar, no era tan desinteresada.

Morales tenía dos cuñados, cuyo talento y condiciones no les recomendaban para elevados cargos públicos.

Y como estaba persuadido de que la empresa de Colón era simpática á sus soberanos, y comprendía también que no era, como á primera vista se había creído, una locura insigne, consideró que podía convenir á los hermanos de su esposa dos de los mejores destinos de la expedición.

Para este efecto procuró captarse la amistad y la benevolencia de Colón, y se los recomendó con encarecimiento.

Y el almirante complació al tesorero real, confiando á uno de sus cuñados, llamado Francisco Por-

ras, el mando de una de las carabelas, y al otro, Diego, la escribanía y contaduría general de la escuadra.

En esos hermanos aconteció lo que por regla general acontece en todos los destinos que se adquieren por influencia, y que no se confieren al merecimiento.

Tanto el uno como el otro eran ineptos para desempeñar las funciones de sus cargos; pero en cambio les sobrada vanidad é insolencia, y desconocían las leyes de la gratitud.

El contador era astuto y desconfiado, y procuraba captarse el afecto de las personas que podían servirle en sus propósitos.

El capitán era rudo y expansivo, pero sus intenciones eran también siniestras.

Los dos tuvieron una conferencia, y convinieron en influir sobre la tripulación para desautorizar á Colón y erigirse ellos en jefes de la gente que éste tenía á sus órdenes.

Diego Porrás, el contador y escribano, llamó una noche al mayordomo de la nave, con quien tenía gran amistad y confianza, pues eran compañeros desde niños.

—¿Qué piensas, —le dijo Diego, —de nuestra situación?

—Que es desesperada, —le contestó el otro.

—Pues así lo crees, es preciso que nos secundes en nuestro proyecto.

—¿Qué intentais?

—Es preciso que nuestra gente comprenda, como tú y como yo, el conflicto en que nos vemos.

— Me parece bien, — dijo el mayordomo.

— Pues si piensas como nosotros, dime los nombres de aquellos camaradas que pueden influir más de cerca en el ánimo de los tripulantes.

— Cosa fácil. El contra maestre Rolando es amigo mio, y tambien lo son los sargentos Dominguez y Fernandez.

— ¿Son gente dispuesta?

— Para todo. Son hombres de pelo en pecho; están aburridos de la larga permanencia que llevamos en esta costa, y arden en deseos de volver á su país, pero tambien ambicionan recompensas.

— Pues sus aspiraciones podrán satisfacerse, porque son justas.

— Manda, pues, lo que quieras.

— Esta noche á las nueve hablaremos los cinco en la proa de la nave

Capitulo LVII.

Lo que se llama tramar una conjuracion.

En situaciones angustiosas se buscan ávidamente motivos que halaguen y tranquilicen el corazon.

Y el mayordomo, que participaba del descontento general, dilató su pecho al escuchar las palabras de su amigo y paisano el escribano.

Tiempo le faltaba para hablar con el contra maestre y los sargentos.

Y como la vanidad es una de las grandes debilidades del hombre, tambien la sentia el mayordomo al darles á entender á sus compañeros la intimidad que tenia con el contador, y al hacerles ofrecimientos para el dia del triunfo.

El contra maestre y los sargentos se entusiasmaron con las proposiciones de éste, y todos convinie-